

TRES VERSIONES DE UN TEXTO EN PROSA DE ANTONIO MACHADO

«Casares», «Perico Lija», «Gentes de mi tierra»

A J., por todo lo que ella sola sabe.

El texto en prosa *Gentes de mi tierra* se dio a conocer en la *Obra Inédita* del poeta, y como primero de los que figuran bajo el epígrafe *De «Papeles Póstumos» y Obra Varia*, en el número 11-12 de *Cuadernos Hispanoamericanos* (septiembre-diciembre de 1949, pp. 265-272), dedicado a la memoria de Antonio Machado. Al pie del texto figura (pág. 272) la siguiente nota de los editores: «Reproducimos el texto autógrafo de *Gentes de mi tierra*, aunque se encuentra publicado fragmentariamente.» En el citado número de la revista no constan ni dato alguno sobre el tal autógrafo ni precisión sobre dichas «publicaciones fragmentarias». Ocho años más tarde vio la luz el volumen titulado *Los complementarios y otras prosas póstumas. Ordenación y nota preliminar de Guillermo de Torre* (Buenos Aires, Ed. Losada [1957], Biblioteca Contemporánea, núm. 47), cuyas páginas 78-86 contienen el texto de *Gentes de mi tierra* (reproducido del número 11-12 de los *Cuadernos Hispanoamericanos*, sin la nota final que hemos citado), que luego fue incorporado a las *Obras* de Antonio Machado, publicadas por la misma casa editorial en 1964, a cargo de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Por su parte, mi distinguido colega y amigo Oreste Macrí me confirmó en una reciente carta que no sabía de otras versiones de *Gentes de mi tierra*.

Hace algunos años me llamaron la atención las siguientes palabras de Miguel Pérez Ferrero: «y en lo que va de año [se refiere a 1912] apenas si ha publicado [A. M.] algo en *La Tribuna*, diario de reciente fundación en Madrid». (*Vida de Antonio Machado y Manuel. Prólogo del Doctor Gregorio Marañón*, Madrid [Ed. Rialp, 1947], p. 139; hay reedición en Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952). Poco después,

repasando en la Hemeroteca Municipal de Madrid el primer semestre de la colección de *La Tribuna*, diario independiente, que empezó a publicarse en febrero de 1912, encontré en efecto algunas colaboraciones de Manuel y Antonio Machado, entre ellas un largo texto en prosa titulado *Casares*, que ocupa las cuatro columnas del folletín del número del 20 de febrero de 1912. Comprobé que se trataba de una versión distinta de *Gentes de mi tierra*. Y, más recientemente, gracias a la copia que tuvo la gentileza de facilitarme el señor don Alberto Porlan, pude ver que las variantes entre ambos textos eran importantes.

Pero existía una tercera versión impresa (adornada con cuatro ilustraciones de Basté y una letra florida inicial firmada «r») de la prosa que nos ocupa: la que lleva el título *Perico Lija* y vio la luz en la revista que Rubén Darío dirigía por aquel entonces en París, *Mundial Magazine* (tomo V, páginas 112-117, que corresponden a las primeras del número 26 de junio de 1913, cada tomo llevando una paginación correlativa). Como se sabe, esta revista es la misma en que Antonio Machado publicara también la versión en prosa de *La Tierra de Alvargonzález* en un número anterior.

Resulta difícil —al menos para nosotros— fijar la cronología de las tres versiones que a continuación presentamos. Haremos constar, sin embargo, una variante que puede ser interesante a este respecto (aunque no puede constituir una prueba absoluta de la anterioridad del manuscrito) entre el texto reproducido en los *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1949, por una parte, y las dos versiones impresas en *La Tribuna* y *Mundial Magazine*, por otra parte:

MANUSCRITO

En efecto, yo había conocido a Casares en una pequeña capital de provincia, hacía ya ocho o diez años.

VERSIONES IMPRESAS

En efecto, yo había conocido a Casares en una pequeña capital de provincia, hacía ya diez o doce años.

No podemos aquí comentar detenidamente las diferencias entre los tres textos. Sólo notaremos: que en *Casares* y *Perico Lija* no aparecen los dos párrafos iniciales de *Gentes de mi tierra*; que la alusión a Rubén Darío sólo consta en *Casares*; que los títulos de los periódicos dirigidos por Casares son distintos en la versión de *Mundial Magazine* y de *La Tribuna*; que *Perico Lija*, ex discípulo de Casares en *Mundial Magazine*, lo es del autor en el manuscrito y en *La Tribuna*; en fin, que en las versiones publicadas, el título indica que Machado ha querido dar papel de protagonista, en *La Tribuna* a

Casares, en *Mundial Magazine* a Perico Lija, mientras que en la versión del manuscrito ambos personajes tienen poco más o menos igual importancia, siendo *Gentes de mi tierra* un relato menos anecdótico, digamos, por los dos primeros párrafos que dan una dimensión más amplia y general al conjunto.

Por razones evidentes de tipografía, y porque son pocas las variantes entre *Casares* y *Perico Lija*, reproducimos en la columna de la derecha el texto del manuscrito según consta en el número 11-12 de los *Cuadernos Hispanoamericanos*; en la de la izquierda, el de *La Tribuna* (por ser la primera publicación); en pie de esta última hacemos constar las variantes que aparecen en *Mundial Magazine*, precedidas de la abreviatura: MM (prescindiendo de las de puntuación).

ROBERT MARRAST

75, Bd. de Charonne
75 PARIS XI (France)

Durante el tiempo que he vivido en París, más de dos años, por mi cuenta, he tratado pocos franceses, pero en cambio he podido observar algunos caracteres de mi tierra.

La mayoría de los españoles que he conocido en Francia son gentes para quienes se cerró la frontera española. Algunos abandonaron la patria perseguidos por delitos políticos, los más son desertores del ejército; no faltan golfos, que se dicen bohemios y, entre ellos, espíritus inquietos y hombres de fantasía para quienes la suerte de vivir en París compensa de no pocas fatigas. Generalmente, estos emigrados españoles vienen de las grandes ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia... Pero también he conocido en París gentes provincianas, de capitales de tercer orden, cuyas vidas me interesaron mucho por lo castizas.

Una tarde que conversaba en un café del Quartier con un amigo mío, se me acercó un joven a quien yo no acertaba a reconocer, pero a quien sin duda había visto en alguna parte.

—¿No se acuerda de mí?... Casares.

Era un hombre alto, delgado, de rostro imberbe, con ojos verdes inquietos y sin pestañas. Llevaba un sombrero hongo y abollado y un gabán bastante raído.

En efecto, yo había conocido a Casares en una pequeña capital de provincia, hacía ya ocho o diez años. Casares entonces era un jo-

CASARES (1)

Una tarde que me encontraba en París, tomando cerveza con mi amigo el poeta Rubén Darío en (2) la terraza de un café del «Quartier», se me acercó un hombre cuya traza no me era desconocida y a quien, sin embargo, yo no acertaba a reconocer.

—¿No se acuerda de mí.... —Y como no le contestara, añadió: Casares.

Era un joven alto y delgado, de rostro imberbe, de ojos verdes, inquietos y sin cejas. Vestía un gabán bastante raído.

En efecto, yo había conocido a Casares en una pequeña capital de provincia, hacía ya diez o doce años.

(1) MM: Perico Lija.

(2) MM: cerveza con un amigo en.

Casares era entonces un muchachuelo bastante presumido, que redactaba un periódico conservador titulado el «Avisador de X», sostenido por el cacique de la comarca. Casares se peleó con el cacique, ignoro por qué causa, y fundó «El Desmoche» (3), periódico radical, furibundo defensor de los intereses del pueblo.

Aquel papelucho fue el terror de la ciudad. En él arremetía Casares contra todo el mundo; denunciaba el juego del casino, los cha[n]chullos de la Hacienda, las piraterías (4) de los usureros. Durante los primeros meses respetó a los curas, temeroso de una excomunión del obispo que le hubiese privado de suscriptores; pero los curas lanzaron a su vez un periodiquillo titulado «El Triunfo de la Fe» y arremetieron (5) a Casares. Casares, entonces, embistió fieramente a los curas. Entre ambos papeles trabóse una lucha enconada.

Casares combatía sin tregua a un canónigo de la catedral, director y redactor de «El Triunfo de la Fe» (6). No citaba su nombre por miedo a querellas criminales; pero lanzaba toda suerte de dicerios a un supuesto don Juan Chupalcuzas. El canónigo le pagaba en igual moneda, poniendo como un guiñapo a un imaginario Tiberio Lechuguino. Merced a este ardid, se machacaban y fundían recíprocamente sin que (7) nadie pudiera prever el fin de aquella lucha.

Decía «El Triunfo de la Fe» (8): «Cuando una repugnante larva, un

venzuelo bastante presumido, que dirigía un periódico titulado «El Eco de X», que sostenía el cacique de la comarca. Casares se peleó con el cacique y fundó entonces «El Desmoche», furibundo defensor de los intereses del pueblo.

«El Desmoche» fue el terror de la ciudad. En él arremetía Casares contra el alcalde, el gobernador, los concejales, los magistrados; denunciaba el juego del Casino, los chanchullos de la Hacienda, las piraterías de la usura y sacaba todo lo feo escondido a la vergüenza pública. En los primeros números Casares respetaba a los curas, temeroso de una excomunión del obispo, que le privase de lectores, pero los curas, que redactaban otro periodiquillo titulado «El Triunfo de la Fe», se metieron con «El Desmoche», y Casares entonces embistió fieramente contra «El Triunfo de la Fe».

Entre ambos papeles se entabló una lucha enconada. «El Triunfo de la Fe», encabezaba su editorial con palabras de este jaez: «Cuando una repugnante larva, un sucio gusarapo entre la baba infecta y el inmundo lodo...» Y «El Desmoche» respondía: «Si en la sagrada cátedra vieráis aparecer una mula sarnosa, llena de esparabanos...» La mula a que «El Desmoche» aludía era canónigo, director y redactor de «El Triunfo», y la repugnante larva de que hablaba «El Triunfo», mi amigo Casares. No se citaban nombres para eludir querellas cri-

(3) MM: y fundó por su cuenta y riesgo «El Desmoche».

(4) MM: Hacienda, las intrigas de la política local, las piraterías.

(5) MM: titulado «El Sabueso de Cristo», y en él arremetieron.

(6) MM: catedral, fundador y director de «El Sabueso de Cristo».

(7) MM: y tundían a su sabor entrambos adalides sin que.

(8) MM: Decía «El Sabueso de Cristo»

sucio gusarapo, entre la baba infecta y el inmundo lodo...» (9). Decía «El Desmoche»: «Si en la sagrada cátedra viérais aparecer (10) una mula sarnosa, llena de esparavanes...».

A Casares se le fue un día la pluma y citó el nombre del canónigo. El canónigo (11) entonces le llevó a los tribunales, y Casares fue condenado por injuria y calumnia a dos años de destierro.

Los curas quedaron dueños del campo. Casares lanzó el último número de su «Desmoche», y desapareció de la capital.

Y este era el hombre que tenía delante de mí.

—Siéntese y tome algo, amigo Casares —le dije.

Casares se sentó a nuestra mesa y pidió café. No era ya el joven presumido y decidor que yo había conocido. Su aspecto ahora era de hombre reservado y sombrío.

—Cuénteme de su vida.

—Muchas calamidades. Un hombre como yo no puede medrar. Para hacer fortuna es preciso doblarse y arrastrarse, y Casares no se dobla ni se arrastra.

Casares hablaba a veces de sí mismo en tercera persona, y cuando decía: «Casares no hará esto»,

minales; y de este modo, el rojo y el negro se machacaban a su sabor. Pero al pobre Casares se le fue un día la pluma y estampó en «El Desmoche» el nombre del canónigo, acompañado de unos cuantos piropos. El canónigo entonces le llevó a los tribunales, y Casares fue condenado por injuria y calumnia y desterrado de la provincia.

Los curas quedaron dueños del campo. Casares lanzó el último número de su «Desmoche» y desapareció de la capital con las palabras que puso Zorrilla en boca de Don Pedro el Cruel:

... Volveré algún día.

y ¡ay del que entonces a aparecer se atreva!

Y éste era el hombre que tenía delante de mí. Pero Casares no era ya el joven presumido y decidor que yo había conocido. El tiempo hizo de él un hombre reservado y sombrío. Al descubrirse para saludar noté que tenía la cabeza calva.

—Siéntese y tome algo, amigo Casares —le dije.

Casares sentóse a nuestra mesa y pidió café.

—Cuénteme de su vida.

—Muchas calamidades —me respondió—. Los hombres como yo no pueden medrar. Para hacer fortuna es preciso doblarse y arrastrarse, y Casares ni se dobla, ni se arrastra.

Sus hábitos de periodista provinciano le hacían hablar de sí mismo en tercera persona. Y cuando de-

(9) MM: entre la baba inmunda y el infecto lodo...»

(10) MM: «Si viérais aparecer en la sagrada cátedra.

(11) MM: el nombre del canónigo, prendido de una ristra de improperios. El canónigo.

«no pensará Casares», era como si dijese: «nuestro digno director...».

Casares me contó las peripecias lamentables de su vida que precedieron a su expulsión definitiva del territorio español.

En la capital de un distrito minero fundó un periódico titulado «El Zurriago»; emprendióla con patronos y capitalistas y lo (12) metieron en la cárcel. Cuando recobró la libertad, ofreció su pluma a un periódico que aparecía en una capital andaluza y fue su redactor en jefe durante algunas semanas. Pronto se declaró independiente y fundó «El Vergajo», periódico francamente libertario, donde Casares aconsejaba a los trabajadores del campo que se comieran crudos a los propietarios rurales. Los propietarios rurales le propinaron una enorme paliza por mediación de los trabajadores del campo, y Casares salió de allí sin un hueso sano, para hacer en Valencia campañas antimilitaristas. De Valencia se escapó como pudo, y en Barcelona, a raíz de la semana sangrienta, fue perseguido y tuvo que pasar la frontera.

Su vida en Francia no había sido más afortunada. Tuvo que pedir trabajo en fábricas y almacenes y fue embalador de botellas, barrendero, cargador y hasta bestia de tiro, pues durante algún tiempo anduvo por las calles de París arrastrando un cochecillo, con gran riesgo de ser aplastado por ómnibus y automóviles. Hoy vive de unas lecciones de español que se ha procurado; mas como asiste a reuniones y mítins anarquistas, la policía, que tiene malos informes suyos, lo (13) vigila de cerca, y pronto, según piensa él, le expulsarán de Francia.

cía: «Casares no hará esto..., no pensará Casares...», era como si dijese: «Nuestro digno Director...»

Casares me contó las peripecias de su vida que precedieron a su expulsión definitiva del territorio español. En la capital de un distrito minero fundó un periódico titulado «El Zurriago», y la emprendió con patronos y capitalistas. El resultado de esta campaña fue dar con sus huesos en la cárcel. Cuando recobró la libertad, ofreció su pluma a un periódico de una capital andaluza, y fue su redactor en jefe durante algunas semanas. Pronto se declaró independiente, y fundó «El Vergajo», periódico comunista donde Casares aconsejaba a los trabajadores del campo que se comieran crudos a los propietarios rurales. Los propietarios rurales le propinaron una enorme paliza por mediación de los trabajadores del campo, y Casares huyó a Valencia donde hizo campaña antimilitarista, y después a Barcelona, donde fue perseguido a raíz de la «Semana Sangrienta» y tuvo que pasar la frontera. Su vida en Francia había sido también lamentable. Tuvo que pedir trabajo en fábricas y almacenes, y fue embalador de botellas, barrendero, cargador y hasta bestia de tiro, pues durante algún tiempo anduvo por las calles de París arrastrando un carricoche, con grave riesgo de morir aplastado por tranvías y ómnibus. Por fin, había conseguido algunas lecciones de español que le permitían vivir, aunque con mil apuros. Pero como asistía a mítines y a asambleas anarquistas y la policía francesa tenía malos informes suyos, pensaba que de pronto le expulsarían de Francia y se vería obligado a

(12) MM: le.

(13) MM: le.

No sé si admirar o compadecer a estos hombres que, entre otras cosas, tienen para su vida un billete circular que no les permite parar dos veces en la misma estación. Sí haré constar, que el caso de mi amigo Casares no constituye una rara excepción en nuestra tierra. En algunas capitales de tercer orden, y en algunos pueblos he podido conocer a muchos hombres del temple y laya (14) de Casares. Este hombre batallador y romántico, absurdo si queréis, y capaz de tornarse (15) como Don Quijote con Satanás en persona, me inspira profunda simpatía.

Bajo una apariencia vulgar, humilde y trasnochada, el fiero individualismo de nuestra raza persiste en estos hombres, para quienes el medio no ha de ser necesariamente más fuerte que el individuo. Allí donde la uniformidad mental ejerce presión más formidable y donde un elemento de rebeldía se encuentra en el más absoluto desamparo, el hombre-Casares lucha solo y a cuerpo limpio contra el obispo y el cabildo catedral; el gobernador, el alcalde, los concejales, los jueces, los caciques y los usureros, contra el pueblo entero, si es preciso. Yo he presenciado esta épica lucha, durante años enteros sostenida y en alguna ocasión, hasta me pareció la victoria indecisa. Al cabo, un puntapié unánime, al que concurren aun aquellos que parecían afectos, da con Casares en tierra. Cierto... Pero a los pocos meses de la desaparición de Casares y de la muerte definitiva de «El Desmoche», veréis a un joven con el pelo largo y el rostro sombrío, que se

pasar la frontera de Bélgica. A España no podía volver.

Los hombres como Casares tienen un billete circular para andar por el mundo, que no les permite parar dos veces en la misma estación.

Yo no sé si los hombres como Casares, de rígida mentalidad y tan *definitivos* que en nada los modifica su propia vida, hombres batalladores y románticos, siempre dispuestos a *tomarse*, como Don Quijote, con Satanás en persona, son los rezagados de una raza incapaz y absurda o, por el contrario, los supervivientes de un gran pueblo desaparecido y que pudieran convertirse, acaso, en precursores y progenitores de otro gran pueblo del porvenir. Lo cierto es que me inspiran profunda simpatía. En Cuenca, o en Soria, en Segovia o en Albacete, en Jerez de la Frontera o en Fregenal de la Sierra, no falta nunca un Casares dispuesto a fundar un periódico para defender *la idea* y pelearse con su propia sombra. Bajo una apariencia vulgar, humilde y trasnochada, persiste en este hombre el fiero individualismo de nuestra raza. No preveía Casares que el medio haya de ser necesariamente más fuerte que el individuo. Allí donde la uniformidad mental ejerce la presión más formidable, y donde un elemento de rebeldía se encuentra en el más absoluto desamparo, el *hombre casares* lucha solo, arremetiendo valientemente contra todos. Yo he presenciado esta épica lucha durante años enteros, y hasta en ocasiones me parecía la victoria indecisa. Al fin un puntapié unánime, al que concurren los que parecían indiferentes y aun los be-

(14) MM: del temple y talla.

(15) MM: de tomarse.

pasea por las calles con un enorme garrote en la mano. Es el director y fundador del «Luchador», «El Alacrán», que viene dispuesto a pelearse con su propia sombra.

névolos, da con Casares en tierra. Pero, a los pocos meses de la desaparición definitiva de Casares y de la muerte de «El Desmoche», veréis a un joven mal vestido y con cara de pocos amigos que se pasea por las calles con un grueso bastón en la mano. Es el fundador, director, redactor y repartidor de «El Alacrán» o de «La Escoba», periódico radical, digno sucesor de «El Desmoche»...

*

Pasados algunos meses volví a ver a Casares en otro café de París. Tenía el rostro más pálido, el sombrero más abollado y el gabán más raído. Estaba acompañado de un joven andaluz, de ojos saltones de una movilidad inquietante, que accionaba con ademanes descompuestos, dando a su rostro una expresión de agresividad y de burla, alternativamente. Discutían acaloradamente y Casares parecía acorralado por el andaluz.

—A la horca os mandaba yo.

—¿Por qué? —preguntaba Casares con expresión ingenua mientras se enjugaba el sudor de la calva con el pañuelo.

—Porque sois fieras —tronaba el andaluz, mirando a Casares fieramente con sus ojos saltones. Después, cambiando bruscamente de tono, añadía: —Pero ven acá, pedazo de alcornoque... Vosotros ¿no matáis?, ¿no predicáis la violencia y el crimen contra una sociedad?...

—Sí —contestaba Casares— contra una sociedad infame.

—Y vosotros, angelitos patudos ¿qué esperáis de esa sociedad?, ¿confites?

Y el andaluz dio una palmada en

Pasados algunos meses volví a ver a Casares en la terraza de otro café del Barrio Latino. Tenía el rostro más pálido y el gabán más raído. Tomaba cerveza en compañía de un joven andaluz picado de viruelas, de ojos saltones, de una movilidad inquietante, que accionaba con ademanes descompuestos y cuyo rostro expresaba tan pronto odio agresivo como burla y menosprecio. Ambos discutían; pero Casares parecía acorralado por el andaluz.

—A la horca os mandaba yo.

—¿Por qué? —preguntaba Casares con expresión ingenua mientras se limpiaba el sudor de la calva con el pañuelo.

—Porque sois fieras —respondía el andaluz con voz tonante, mirando a Casares fijamente con los ojos inyectados en sangre—. ¡Fieraaas! Y después de una larga pausa, añadía: —Pero ven acá, pedazo de alcornoque; ¿vosotros no predicáis la violencia y el crimen contra la sociedad constituida?

—Sí, contestaba Casares. Contra una sociedad infame.

—Y vosotros, angelitos patudos, ¿qué esperáis de esa sociedad? ¿Queréis que os convide a merengues? Y el andaluz dio a Casares

la calva a Casares, que, algo corrido, sonreía bondadosamente.

Yo conocía también al poeta interlocutor de Casares. Perico Lija era (16) hoy un golfo bohemio, si queréis, pero había sido un chico aprovechado. Estudiaba en Sevilla el último año del Bachillerato, y era el chico más distinguido de una clase en que yo (17) era un alumno menos que mediano. De aquí el aire de superioridad con que siempre me (18) trataba. La vanidad escolar no se cura nunca. Después, Perico Lija pasó a estudiar en el Sacro-Monte de Granada, donde cursó leyes y obtuvo una beca o pensión para Italia. He aquí cuanto yo sabía de Perico Lija. Después he sabido otras cosas, y él me ha contado muchas un tanto fantásticas.

Perico Lija es embustero y trapalón, charlatán y polemista. Tiene lo que los andaluces llaman fantasía. La fantasía andaluza es única en el mundo; no sirve ni para reproducir ni para crear, es algo que tiende a deslumbrar y a aturdir, es una alarma moruna, combinada con fuegos de artificio que termina siempre dando un golpe al candil para llevarse algo. La inconsistencia mental de Perico Lija, le lleva a discutirlo todo, tomando siempre el punto de vista contrario a su inter-

una palmada en la calva. Casares, algo corrido, sonreía bondadosamente.

—Bueno —añadió el andaluz—; si me pagas otro bock, cuenta conmigo para ponerle un petardo al propio Maura en el trasero.

Yo conocía también, de antiguo, al joven andaluz interlocutor de Casares. Perico Lija era hoy un perdís, bohemio, si queréis; pero había sido un chico aprovechado. No es extraño que los chicos aprovechados acaben en golfos; lo contrario, sí, aunque también hay casos. Nos conocimos siendo niños en un colegio de Sevilla, donde estudiábamos el último año del Bachillerato. Perico era el más aventajado alumno de la clase. Yo era entonces un estudiante menos que mediano. De aquí el aire de superioridad con que siempre me trató. La vanidad escolar no se cura nunca. Después, Perico Lija pasó a estudiar leyes en el Sacromonte de Granada, donde obtuvo una beca o pensión para Italia. Esto era lo que por mí mismo y por informes fidedignos sabía yo de Perico Lija. Después he sabido otras cosas que no le favorecen, y él me contó mil historias, en las cuales no creo.

Perico Lija es embustero, charlatán y polemista. Tiene, sobre todo, fantasía, lo que llamamos fantasía los andaluces. La fantasía andaluza es única en el mundo. No sirve para reproducir ni para crear; es algo que tiende a deslumbrar y a aturdir; es una alarma moruna, combinada con fuegos de artificio y que termina siempre con un golpe al candil para llevarse algo. La inconsistencia mental de Perico Lija le permite discutirlo todo, tomando siempre el punto de vista

(16) MM: Perico Lija es.

(17) MM: en que Casares.

(18) MM: que siempre le.

locutor. Frente a Casares, Lija es ardiente defensor del orden y de la tradición; entre gentes sensatas y tranquilas, Lija se muestra anárquico y subversivo partidario, sobre todo, del amor libre. Dispone de gran cantidad de lugares comunes que combina con chistes de almanaque, y es un formidable dialéctico de café. No obstante su afán de pelea, acaba siempre diciendo lo que le conviene, y jamás se indispona con nadie si antes no ha obtenido alguna utilidad.

El hombre-Lija es también frecuente en nuestra tierra. Es un emancipado por egoísmo de todos los deberes que a la mayoría de los mortales se nos imponen.

Perico Lija tenía a sus padres en España y no se acordaba de ellos. Habían realizado toda clase de sacrificios para educarle, y para atender a sus necesidades y a sus caprichos. Habían sido ricos y hoy eran pobres. Perico Lija no se preocupaba de la situación de sus padres.

Perico Lija era casado en España y tenía un hijo; y en París vivía amancebado con una joven, próxima a dar a luz, a quien también pensaba abandonar. Perico Lija vivía de traducciones, copias a máquina y, sobre todo, como parásito de sudamericanos ricos. Era uno de estos (19) hombres dotados de un egoísmo bestial y de una sensualidad desenfrenada, a quienes algunas veces falta para comer y casi nunca para emborracharse y (20) divertirse; de esos que explotan la miseria accidental a que sus vicios les llevan para acudir a la benevolencia del prójimo, y piensan que la humanidad no tiene otra

contrario de su interlocutor. Frente a Casares, Perico defiende el orden y la religión; frente a gentes tímidas y aburguesadas, se muestra anárquico, subversivo, partidario, sobre todo, del amor libre. Dispone de gran cantidad de lugares comunes, que combina con chistes de almanaque; es un formidable polemista de café. No obstante su afán de pelea, acaba diciendo siempre lo que le conviene decir, y procura no indisponerse con nadie antes de obtener alguna ventaja o utilidad.

El *hombre-lij*a, también frecuente en nuestra tierra, es un emancipado por egoísmo de trabas y obligaciones. Perico tenía a sus padres en España. Sus padres —ricos ayer, hoy viejos y pobres— habían hecho por él toda suerte de sacrificios para educarle y atender a sus necesidades y a sus caprichos, Perico Lija no se acordaba de sus padres.

Perico Lija había abandonado a su mujer y a dos niños en España y vivía en París amancebado con una joven, de la cual tenía un hijo. Según confesión propia, pronto rompería este último lazo, porque —lo que él decía— el hombre debe ser libre.

Perico Lija es uno de estos hombres desdichados por un exceso de egoísmo, unido a una sensualidad bestial, y a quienes muchas veces falta para comer y rara vez para emborracharse; de esos hombres que explotan la miseria accidental a que les llevan sus vicios, acudiendo a la benevolencia del prójimo y pensando que la humanidad entera no tiene otra misión que ayudarles y sostenerles.

Estos hombres sienten un gran

(19) MM: Era uno de esos.

(20) MM: emborracharse o.

misión que ayudarles y sostenerles. Estos hombres sienten un profundo desdén por aquellos desventurados que, como mi amigo Casares, carecen de vicios, tienen pocas necesidades y a quienes la vida trata mal porque, sobrados inocentes, luchan sin ventajas y sin embustes.

Lija dice que Casares es un burgués en el fondo, con lo cual cree haber dicho bastante en contra de su amigo. Casares dice de Lija que es un chico muy instruido y de muy buena imaginación.

Casares, después de pagar otra consumición a su amigo, le propone fundar un periódico en París, para hacer la revolución en España. Lija trata de disuadirle de este propósito. Lo (21) que conviene es fundar una revista para explotar la vanidad de los americanos, poniendo al frente de cada número el retrato de un general o de un doctor. A Casares no le seduce esta idea. Lija lo (22) mira con desprecio, y pasa a otro tema.

—Como comprenderás, dice Perico Lija, tenemos que asistir mañana al baile de «Quat-z-arts».

En París se celebra todos los años un baile monstruo a que asisten los pintores disfrazados y las modelos desnudas. Es una fiesta de pretensiones paganas que admira a los rastacueros (23).

Casares parecía no comprender la necesidad de asistir a aquel baile. Lija insistía.

—Es necesario afanar cuarenta francos, por lo menos. Yo me encargo de conseguir los billetes gratis. Por los disfraces, no te apures;

desdeño por los ingenuos del tipo Casares, entes sencillos, de escasas necesidades y sin vicios, que luchan sin embustes y sin ventajas, y a quienes la vida trata muy duramente. Lija, pues dice que Casares es un burgués en el fondo, con lo cual cree haber dicho bastante contra su amigo. Casares, en cambio, dice de Perico Lija que es un chico muy instruido y de muy buena imaginación.

Casares, después de pagar otra consumición a su amigo, le propone fundar un periódico en París para hacer la revolución en España. Lija trataba de disuadirle. Lo que conviene era fundar una revista para explotar la vanidad de los americanos, poniendo al frente de cada número el retrato de un general o de un doctor. La idea era excelente y él contaba ya con el caballo blanco. A Casares no le entusiasmaba la proposición, y Lija, después de mirarle con desprecio pasó a otro tema.

—Como comprenderás —dijo Perico Lija—, tenemos que asistir mañana al baile de Quat'Z-arts.

En París celebran los artistas todos los años un baile monstruo, al que asisten los hombres disfrazados y las mujeres desnudas. Es una fiesta de pretensiones paganas, que admira a los rastacueros.

Casares no está muy persuadido de la necesidad de asistir a aquella bacanal. Lija insistía:

—Es necesario que me procures cuarenta o cincuenta francos. Yo me encargo de conseguir billetes gratis. Por los disfraces, no te apu-

(21) MM: Lo.

(22) MM: le.

(23) MM: los «snobs»

tú irás de «higorrote» (24) y yo de «pielroja», es cosa sencilla.

Ignoro si los dos amigos asistieron al baile.

Pasados algunos meses volví a ver a Casares y le pregunté por Perico.

—Es un canalla, me contestó. Hace cuatro días que lo (25) ando buscando para romperle la crisma.

—¿Qué pasa?, le pregunté.

—Que es un canalla.

Al fin, logré que me explicara la causa de su indignación. Perico Lija había abandonado a la muchacha con quien vivía, cuando ésta acababa de parir un niño.

—Me consta que Perico había cobrado una cantidad. En casa tengo al niño y a la madre. Le juro a usted que ese sinvergüenza se ha de acordar de mí.

No he vuelto a ver al amigo Casares. ¿Lo echaron de Francia y marcharía (26) a América? ¿Habrá vuelto a España y fundado en Castuera o en Segovia otro «Desmoché»? ¿Habrá terminado en el hospital o en la cárcel? No lo sé.

Los hombres como Casares tie-

res. Yo tengo el mío de higorrote, y a ti te disfrazo de piel roja por menos de dos francos. Tú sabes que dentro de unos días tengo guita: conque apoquina.

Ignoro si consiguió Lija sacar al pobre Casares su menguado caudal, ganado con lecciones de español a franco la hora, y si a la siguiente noche asistieron al baile.

*

Pasados algunos meses volví a ver a Casares, y le pregunté por Lija.

—Le tenía por persona decente; pero es un canalla —me dijo muy serio—. Sí, es un canalla; no lo dude. Ya sabe usted que Lija vivía con una pobre muchacha de quien tiene un hijo de algunos meses. Muchas veces me dijo que pensaba abandonar a la mujer y al niño. Yo no le creía. Pues bien; ayer se me presentó en casa la pobre muchacha con la criatura en brazos, diciéndome que Lija la había abandonado y que no sabía su paradero. A mí me consta que Lija había cobrado una cantidad hace unos días. ¿Qué le parece a usted? Es un malvado. En mi casa tengo a la mujer y al niño y ando buscando a Lija por todo París, y si lo encuentro le juro a usted que le rompo la crisma.

Después no he vuelto a tener noticias de Casares. ¿Lo habrán expulsado de Francia? ¿Estará en la cárcel? ¿Habrá vuelto a España para fundar «el Zurriago» en Mataporquera? No sé... Acaso ha muerto en la cárcel o en el hospital. A Perico Lija lo ví algunos años más tarde, en una barraca de Mont-

(24) MM: «higorrote».

(25) MM: le.

(26) MM: y marchó.

nen una psicología de toro de lidia. La vida les torea; ellos embisten, y casi siempre se les mata a traición.

Pasados dos años, creo haber visto otra vez a Perico Lija... Sí, aquel Jonás que, en la feria de Montmartre, salía del vientre de una ballena de cartón, tocando la guitarra, era Perico Lija.

martre. Sí, aquel Jonás que salía del vientre de una ballena de cartón tocando la guitarra, era Perico Lija.

ANTONIO MACHADO